

El joven que viajaba a costillas de su abuelo (Completo)

Toño Olais Coronado

Image not found.

Capítulo 1

El Joven Tunco Maclovio realiza anualmente varios viajes familiares al exterior. Pero es su estilo hacerlo mediante los acontecimientos que parecen fruto de sofisticados actos diabólicos, caprichos personales o raptos místicos a quienes estafaba: generalmente se las arregla para viajar a costillas de su abuelo.

Cuando viaja hace un año a Navojoa, Sonora, para celebrar a su madre el diez de mayo, le pidió a su abuelo Eusebio Gracia que le prestara dinero para viajar en autobús. Se le dio lo suficiente: los boletos, de ida y vuelta, e inclusive para gastos extras. En una gira reciente a Chumanpaco, La noria, Torím y Bataconcica se las ingenió para transitar las cuatro entidades abordo de los autobuses oficiales que pasaban por la carnicería de la esquina donde trabajaban. No había nada demasiado inusual en el hecho que un viejo y su nieto tomaran prestado un poco de dinero del negocio familiar para un viajecito de placer. Eran beneficios tácticos que venían con el cargo de postulante a carnicero.

"He hecho la mayor parte de mis viajes oficiales viajando a costillas de mi Abuelo" solía decir el joven Maclovio, con una sonrisa de orgullo, entre a sus amigos. "Lo sigo haciendo, constantemente".

En una parte del pueblo donde muchos jóvenes hacen un culto de la complicidad, Tunco Maclovio se ha ganado las simpatías del cuerpo bandolero y muchos de sus coterráneos con un estilo de engaño astuto y marcado por la simpatía.

Tunco Maclovio, un mantenido como de veinte y tantos años que se ha pasado la mayor parte de su vida adulta ejerciendo de postulante a carnicero, es un Joven delgado cuyas cejas gruesas y prominentes son un tema favorito para muchos de sus conocidos en el barrio Valle.

Muchas tardes puede ser visto destazando reses en la carnicería de la esquina junto con su abuelo, Don Chebo Gracia, también carnicero y liciado. Por las noches, varias veces por semana, el joven hace "rondeos" por las calles de este pueblo cuya búsqueda considera lo mejor para así robar en los domicilios.

A principios de mayo, poco antes del día de las madres, Tunco Maclovio tuvo la necesidad de pedirle nuevamente a Don Chebo dinero prestado como un favor. Como la vez anterior, pensó que tendría los gastos cubiertos. Pero su abuelo le pidió un favor -anteriormente y, mientras se disponía a dar la orden y otros favores, el joven se hizo desaparecer- que

le recordó de ejemplo en ese momento.

Don Chebo se había negado de mala gana. Sí, claro, le dijo a su nieto: " Pero el otro día en que solicite tu ayuda te hiciste pendejo cuando te esfumaste. ¿De veras crees merecer mi ayuda?".

-Ah, sí. Tata. Pues, ire con mi Mama -. Le contesto. El día de las madres se acerca, y después te lo pago.

Una vez concluido el llamado de atención, y un largo intercambio en alegatos que Maclovio no alcanzo a entender, Don Chebo, meneo la cabeza con una seria decepción y con el ceño arrugado le dijo: "¿Tú piensas que estoy cagando dinero?".

Sería la última vez que el abuelo Gracia se burlaría, según se jactaría luego. Algunos días después de la discusión, el joven llevo a su casa un gallo de pelea. Se lo acababa de robar.

Tunco Maclovio podría verse sin otra salida que abrir las compuertas de la clandestinidad para detener el creciente desconcierto familiar. En su evaluación de riesgos, podría haber llegado a la conclusión de que - cuando la ruina te golpea- el robar podría ser más accesible que la tolerancia de un viejo quisquilloso. O, en el peor de los casos, que le sería preferible pasar a la chusma como el nieto que solía engañar a los suyos.

El joven Maclovio también estaba perdiendo puntos con los demás miembros familiares. En sus primeros meses bajo la tutela de los Gracia, le tocó que había que seguir durmiendo en su hitación con aire acondicionado casi diez y seis horas, pa` seguir acostado y levantar se hasta al mediodía. En ocasiones, por no haber refresco Pipa-cola, sobre la mesa en el comedor, rezongaba a gritos con Doña Trinidad su abuela, de 72 años. En los últimos días, el joven había empezado a llegar de madrugada a su casa, o no llegaba. En su lugar, comenzó a juntarse para ganar algún dinero extra en la plaza del centro con algunos de los malandrines de más alto rango, y a discutir allí, ilegalmente, los asuntos más importantes del día.

Después de varios días en la calle, Tunco Maclovio estaba más concentrado en explorar las profundidades del mal que en cumplir las rutinarias funciones en el hogar. Se convirtió en un ser cada vez más solitario. Frecuentemente, se le veía con la mirada ausente, casi perdida en el espacio. Cuando notaba que algún otro lo observaba con curiosidad, bromeaba: "No te fijes, mitotero". Pero el comentario no le salía con mucha gracia. El joven estaba perdiendo su sentido del humor.

En la misión de viajar a Navojoa, el primer grande esfuerzo del joven fue robar el gallo de patas azules en un palenque. Es casi seguro que el enorme pájaro de combate promueve una considerable cantidad de pesos.

Segundo, advirtió que había una remota posibilidad de éxito, pero aún sí el riesgo valía la pena. Era una señal de guerra contra cualquier intruso que se atreviera a burlarse de él, parecido al gesto repugnante con desprecio atado en la llaga que habían dejado junto con su dignidad partida en dos pedazos.

Su tercer triunfo, y su mejor jugada, fue optar por vender el gallo y su "pedigrí" con su abuelo como cálidas representaciones de las "pases". No eran sino tácticas de engaño, ardidadas para emboscar al enemigo, como tantas otras trampas de caserías que Maclovio utilizaba para conseguir sus propósitos. La misión de los viajes familiares en espera pareciera que todavía no es demasiado tarde para emprender su plan. Un contradictorio y mejorado plan, donde el joven acabó riendo al último. Cuando esa información llegó a él, puso todo su empeño en ello. Orgullosa y acostada, estaba tan nerviosa que hacía las doce de la tarde, decidió levantarse y dar una vuelta al patio para tranquilizarse. El joven se aproximó a un viejo naranjo, en un tronco de él, fijo a bajo la vista, y encontró al gallo y una cuerda amarrados al mismo tronco. Cogió al animal y emprendió el mejor camino para estafar a su abuelo.

Capítulo 2

Eran las 12 y media de la tarde del 10 de mayo, y la carnicería, el lucrativo negocio familiar de los Gracia, lucía en su mínimo esplendor. Por todos lados colgaban letreros antiguos, almanaques gigantescos y otras tantas frases tacañas impregnaban y resplandecían allí como un anuncio espanta lameculos: "Aquí no se fía, porque luego se van y luego dicen no me acuerdo", y se veía poquísima clientela -Doñas en su mayoría- haciendo una colá de paga ante el aparador, el cajero, y una gran bascula eléctrica. Aturdido, el abuelo Don Chebo permanecía atendiendo en el centro del círculo que empezaba a desvanecerse, las Señoras (probablemente amas de casa) avanzaban en la cola, mientras que el abuelo se mataba con sus pedidos haciendo gemidos indesibles, sobre su mecanismo con ruedas al que nada hacía plegarse. Las clientas, que llegaban al cajero, pudieron realizar prontamente sus compras. Muchas optaban también por hacer una última compra atraídas por un rico olor a chicharrones y otros platillos fritos que -como siempre- los vendía como pan caliente. El olor parecía suspendido en el aire y todo el lugar podría a ver sido un establecimiento de comida rápida que una carnicería ya que también allí los sábados se vendía exclusivamente la carne asada.

De hecho, el abuelo, de piel correosa, prieto y panzón, de piernas cortas en forma de barril; se destacaba como un buen brasero y chicharronero, por sus biseps monstruosos y por sus enormes manos callosas; y se estaba convirtiendo en una celebridad, en todo el pueblo. Pero lo que más destacaba en él, era su impresionante habilidad para maniobrar la silla de ruedas todo el día al servicio del cajero. Aun que sus maniobras no eran habituales (habría dicho cualquiera a simple vista) merecían serlo. Las pruebas de que disponemos son escasas y se basan en rumores, pero, aun así, bastan para señalar que Don Chebo poseía un potencial laborioso de inmensa magnitud. Las personas habían estado llegados a comprar durante la primera hora, y había algo apremiante en su ligero sudor matutino. Se fueron despachando una a una, en tanto se estiraban y retorcian bajo el flujo constante, revoltoso, realizando pagos y pasándose de mano en mano los pedidos de carne para bistec. Don Chebo se hallaba en medio de ellas, apresurado, un sapo entre los cisnes. Estaba allí atendiendo simplemente, mirando con una expresión renuente. Su rostro deformado no dejaba de estremecerse, dejando que la última de las clientas se presipitara en su servicio para que se fuera pronto. Parecía la típica cabeza de turco, el perpetuo blanco de las bromas, el abuelo capaz de tragarse las historias más inverosímiles, objeto de todas las malas jugadas. Y lo era. En forma desesperada y constante deseaba que la gente no fuera tan metiche -y por lo tanto chismosa- como las hermanas De Salvo y la Pancha Mendozina. Porque se le quedaban mirándolo... Ellas siempre se le quedaban mirándolo. Incluso algunas de ellas podrían haber alegado que el hecho las había sorprendido, pero, por supuesto, esa afirmación habría sido falsa. La escena no se diferenciaba demasiado de

cualquier otro día de trabajo en la tienda, si no fuera por un pequeño, significativo detalle: el abuelo experimentó un canciancio creciente.

Sin embargo, al cabo de varios minutos se desistió de la labor. Cuando las Señoras hubieron desaparecidos para asistir a sus hogares en la hora de comer y la colá de clientes dejó de cesar, (algunas de ellas se escabulleron silenciosamente en la puerta principal, luego de que Don Chebo comenzara su descanso), empleó la táctica normal en los casos de ausencia de la labor: se apresuró a sacar las cuentas. El liciado se quedó allí, solo, oscilando entre los pellejos y en el aparador en que estaba haciendo uso de su calculadora, encorbado sobre sí mismo, con las ganancias apuntando hacia el suelo y las manos tecleando dígitos parecía a Stephen Hawking. Sus ojos brillaban sin expresión. Fue en ese momento cuando, un canto de gallo se oyó claramente y miró una silueta entrando por la puerta principal.

Capítulo 3

Tenía apenas dos minutos de tomar su descanso, pero Don Chebo se dio cuenta enseguida de que la silueta cruzó la puerta principal, y en cuanto oyó que el gallo cantaba, sintió su corazón latir con fuerza. Era la primera vez en su vida que había presenciado alguien que ni siquiera podía conocer. Parecía hechizado.

Mientras la vio caminando un largo pació con segmentado estupor, Don Chebo revisaba los continuos pasos que se erguían bajo la pálida luz de la sombra de esos pies, a los que considero estrafalarios minuciosos. Comprendiendo que eso sería tenido como una señal, cuando venía la silueta se puso inmediatamente de curioso, (enfoco la vista justo a tiempo para verla entrar en el cuchitril en que servía de carnicero, detrás del aparador), el abuelo hizo un grande esfuerzo de este reconocer. Pero la silueta sería sólo el primer eslabón de la cadena vengativa del joven. Resulta que la silueta, según su propia revelación, no era más que Tunco Maclovio, su nieto. Hacía pasar el pació trastocaba hechos en pandemonios benévolos que afinaba con susurros angelicales. Llevaba un enruedo de cuerdas en la diestra y un manojito de plumajes en la otra mano -un gallo, a juzgar por lo de las plumas que se veían veladas ahí entre la axila izquierda- demonios, quien abrió las puertas del infierno, pensó agriamente y luego se preguntó que podría andar haciendo su nieto en el lugar en que lo había mandado a la fregada con los favores en el negocio familiar. Por supuesto que el joven estaba en la carnicería de la esquina y ambos eran uña y mugre. Este cabrón trama algo se reprendió a sí mismo. ¿Acaso viene a pedirme otra vez dinero y con un gallo? Reconoció que sí. Una parte de él sabía exactamente eso.

-¿Tunco?

-¿Hummm?

-¿Estás planeando algo?

En el rostro del joven Tunco Maclovio apareció una máscara de reserva. Siguió caminando y no se atrevió a hablar. Pero al llegar frente al cajero. No podía ser; a los ojos de su abuelo ya nunca volvería a ser el mismo nieto que conocía. Había hecho la oferta inicial: había hecho un impulso ciego y repentino, plantando el gallo que llevaba metido entre el sobaco por la escuálida y desalineada superficie del aparador.

- Quinientos pesos -dijo el joven sintiéndose incómodo. Era un gallo de pelea, de grandes plumas que brillaban, con una cascada de cola negra. Una cabeza colorada que llevaba la cresta cortada le daba un aire de

elegancia-. Se lo mucho que le gustan las peleas de gallo ¿cierto? Ah, y es por eso que se lo vengo a vender. Este gallo, Tata, es de raza pura giro/hatch.

El gallo giro, pintarrajeado de las alas color negro y amarillo; plantado por las libretas de las cuentas, junto a la calculadora y la gran bascula eléctrica y en el aparador en que desparpajo entonces papeles. Se precipito a cacaraquear con gran alboroto que resonó por el establecimiento. Cacaraqueaba y aleteaba en todas direcciones que Don Chebo experimentó un delirio mirando al ave cerca de él. Los sonidos de discrepancia al que no atendía hacía añales estaban siendo reproducidos en ese momento. Tras abrir y cerrar los ojos, se encontró en un delirio en el que criaba finísimos gallos dorados. Y, al volver; un poco sobre sobresaltado, no pudo controlar un regocijo.

-A ver a ver a ver -dijo Don Chebo finalmente. Te doy trecientos pesos.

-Bien.- dijo el joven.- Pero necesito tu ayuda para que vaya y cuide a la calle que no se pase el último camión. Que ya sale en diez minutos.

-¿Adónde vas?- preguntó Don Chebo. Un hombre impaciente, de veras corajudo y gruñón, con una megafonía de voz ronca. Cuando hablaba apenas se le podía entender -claramente, pero cuando gritaba- aquellos que lo trataban en el barrio había que dialogarlo con cuidado. Todo el mundo odiaba verlo de mal humor, porque ya sabían lo que pasaría, se iba a poner como un loco.

-Iré a Navojoa.- le contestó.

-Ahí lo tienes -respondió Don Chebo, y deslizó por el aparador un pequeño rollo envuelto con tres billetes rojizos-. Voy a salir a tomarme una Pipa-Cola. Sí viene el camión te echo un gritó.

La anterior negación hacía su nieto, no lo puso a salvo de la indemnización por los viajes familiares en este día de las madres, el joven que fue rechazado de mala gana, hizo recoger con manos temblorosas, los trecientos pesos que había merecido de la consternada venta de las "pases" entre ellos sobre la vitrina. Recogió también el gallo que logro vender antes y lo puso dentro de la jaba grande a su lado como si tuviera un interés absoluto y quedando tan solo con los billetes que traía apuñados para luego despedirse por la salida principal de su abuelo sobre su mecanismo con ruedas al que solo por ese instante hizo plegarse con cariño: "Lo siento, llevo algo de prisa, Tata. Me tengo que ir a bañar", dijo el joven Maclovio "Sí viene el camión me avisas". Luego, le dio un abrazo

y palmadas en la espalda.

A decir verdad el camión partía en tan solo cinco minutos, pero para él seguía siendo el tiempo suficiente.

-Claro.- dijo Don Chebo. Emocionado, no dejaba de agradecer saludando la mano de su nieto.- Muchas gracias, mijito. Qué bueno que me lo vendiste.

Picado por la emoción, salió a la calle el domingo por la tarde, en la fachada de la tienda, le tocó ver que venía el camión número 219. Era de esperar. La ruta estándar, a diario los camiones transitaban cada media hora, -pero para ser más preciso: a los --:15 minutos después del horario establecido lamentablemente, el tránsito es relativo-; para desgracia de quien se encontraba sumergido en la silla de ruedas y debía empujar continuamente la rueda para dar paso a lo más hiperactivo. "¡Tuncoo!", gritó Don Chebo, "¡Ven acá", y volvió a surgir un grito, esta vez estridente, "¡Ahí viene el camión!", Mientras se daba la vuelta para ver lo venir. No escucho cuando se cerró la puerta, ni un mimo, ni un zarpazo; no había vuelto a llegar nadie, como antes en su tienda y en el cajero, donde las doñas y sus clientas pronunciaban simultáneamente el disparato olor que le infligieron al comprar chicharrones de res. ¿Se le ocurriría a él, ha imaginado? Tarde para averiguarlo, abuelo; tu nieto estaba en el acto y tu siendo presa en juego. Pronto lo sabrás. Abuelo tan absurdo como afrentar al demonio Tunco Maclovio llamándolo Mijito. ¿Sería ese el plan de su nieto? Debía de serlo. Está esperando a que asome el joven por la puerta de su tienda, en la carnicería, y por fin lo ve. La oscuridad cede en poco segundos y la sombra pálida del camión, creciendo de prisa, inicia el espectáculo que aguarda desde que recibió, a las 2:09, pese a ese gallo de combate que compro rompiendo sus prevenciones contra este. La delantera amarillo oscuro del bus, va encontrarse con un frente cromado en la remota línea de la parada, y, allí, en la esquina del barrio, frena en suelos sonoros y chirridos contra las piedras de la calle, en que divisa canaletas de neumáticos entre la banqueta y la tienda que lo bordean. Entonces, un camión con vidrios polarizados y calca moneado de los looney Tunes y el culo de Bart Simpson meando sobre el parabrisas, paro en la puerta de la carnicería de los Gracia. Roídos por la zozobra de que algo, alguien, impediría al joven viajar a costillas de su abuelo. Concedieron en reuniones espontaneas, aquella ruptura agravó el tormento interior en que Vivian. Cuando la conspiración estuvo muy avanzada, el joven tuvo que arrancarse en la salida y correr directamente en el trayecto donde se hallaba el camión, libre. Don Chebo echo una mirada: el Tunco Maclovio se sacudía las piernas con movimiento energético. Lo miraba al correr de frente. Ahora, de acostado. Luego, abordar de un saltó por la escalerilla del camión- Llevaba algo abultado, ropa envuelta con bolsas en plástico y charolas de compras. Lo siguió; en el interior del vehículo, observaba su silueta robusta, perfilada contra las sombras que el tenue resplandor de la tarde apenas aclaraba,

mientras se dirigía al último asiento que, con las manos sobre la ventanilla de atrás, había venido a asomarse para anunciar que hace poco segundos comenzaría el juego de venganza.

-¡Tata!- gritó el joven, asomando las manos por la ventanilla.- ¡Aquí llevo el gallo!

Obligado a verlo partir con su semental; el lisiado explotó con furor. "Hijo de la chingada", exclamó Don Chebo, se encogió de hombros y observó a su nieto partir ásperamente, salió arreado con las manos sobre las ruedas por la calle a todo galope tras el autobús, "Me las vas a pagar". Resopló lleno de dolor. Y se puso colorado como el tomate, un torrente hinchado de venas se le pulsaban en la frente. Al ceder la marcha, en medio de la calle, este quedó un rato mentando le la madre. Cuando se enteró de la estafa: una en tres y tres en una en el robo que rotando.